



AYER Y HOY



N.º 32

Noviembre - Dicbre. 1952

NUESTRA PORTADA

El Nacimiento,
por Manuel Romero.

SUMARIO

Fernando Allué y Morer.—Ponz y el churrigueresco toledano.

Emiliano Castaños.—Una conferencia sobre D. Santiago Ramón y Cajal.

B. S.—Chopin en Mallorca.

José Camón Aznar.—«La adoración de los pastores», del Greco.

Juan Antonio Villacañas.—Los poetas, con San Juan de la Cruz.

Página poética.

Clemente Palencia.—Homenajes a nuestros asociados.

José M.^a Gómez Oliveros.—Pesadilla.

Pablo García Manzano.—Escenografía Navideña.



PONZ Y EL CHURRIGUERESCO TOLEDANO

Por FERNANDO ALLUÉ Y MORER

De la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo

I

CUANDO Don Antonio Ponz viene a Toledo, como primera etapa de su gran viaje, en 1769 (1), alienta vivo en su mente el academismo neoclásico. La victoria churrigueresca, simbolizada en el gran túmulo madrileño para las exequias fúnebres de la reina María Luisa de Borbón, primera esposa del rey Carlos II, en las postrimerías del siglo XVII, aún no había sido aplastada. Barrocos y clasicistas, todavía encendíanse en mutuos dictérios apasionados e interminables; la reconciliación nunca había de ser posible.

Ponz, espíritu de formación rigurosa, educado en amor italiano, hombre muy del XVIII, dice en su *Viaje* gustar de Toledo, pero ello es ciertamente con muchas restricciones. No va muy ajustada a sus ponderadas ideas y a su recortada educación, la llama estremecida que es Toledo.

Sin embargo, hace resaltar perfectamente los rasgos monumentales de la extraordinaria ciudad contra injustos ataques de otros viajeros inmediatamente anteriores que, en absoluto, no supieron adivinar las bellezas de la urbe admirable: El siglo XVIII, no roza un solo momento el «secreto» inefable de la ciudad, por aquellos tiempos sin sospechársele siquiera.

II

No es esa, sin embargo, sino otra, más modesta, la intención de estas líneas. Solamente, subrayar cómo reacciona un espíritu típicamente setecentista, una mente didáctica, de «profesor», ante las obras de su propio siglo, frente a las muestras que en Toledo fueron dejando sus contemporáneos.

Las ideas churriguerescas y el espíritu neovitrubiano, no fueron ciertamente compatibles entonces. Eran dos corrientes que, aunque tangentes un momento, contraponíanse.

Veamos de ello algunos ejemplos en Ponz.

Enfrentémonos primero con el Transparente catedralicio, obra tan característica de la época. «Así es el celebrado Transparente —exclama Don Antonio en su carta segunda (números 43 a 46)—, colocado en el respaldo de la capilla mayor, el cual consiste en una máquina enorme de mármoles, que harto mejor hubiera sido dejarlos para siempre en las entrañas de los montes de Carrara, que no haberlos traído para ser un borrón verdadero de esta Iglesia». Todo lo que allí hay no es, para el viajero, sino una arquitectura desatinada y bárbara, en que se ven mezcladas

estatuas harto comunes. «El mencionado promontorio —añade—, no sé por qué razón llamado Transparente, lo dirigió y ejecutó un tal Narciso Tomé, que como otros, sin serlo verdaderamente, ha sido tenido en este siglo por hombre de gran mérito en Toledo». Lo más particular de esta historia es, para Ponz, que se celebrara con grandes fiestas, corridas de toros y otros regocijos, su inauguración pública.

Glosa y sigue al P. Caimo, autor de una obra en cuatro tomos, titulada *Lettere d'un vago italiano ad un suo amico*, que recoge impresiones de un viaje por nuestro país, en los años 1755 y 1756. Transcribe Ponz, traduciéndolas, algunas opiniones sobre el Transparente: «Lo que lo adorna —dice el P. Caimo— es una imagen de Nuestra Señora, y alrededor varios ángeles y santos, todo el mármol blanco, y algunos bajorrelieves con la mezcla de diferentes pinturas; cosa que los toledanos engrandecen como una maravilla; pero todo hombre de mediano discernimiento no puede menos de mirarlo como una bizarra y confusa unión de contradicciones y despropósitos».

III

Para el hospital que fundara el Cardenal Don Juan de Tavera, tiene el autor del «Viaje de España» elogios en su carta tercera (números 15 y 16), porque es «una de las fábricas más acertadas y más conformes a la sólida arquitectura». Pero no sucede lo mismo en lo que concierne a la puerta principal, ya que quedó por desgracia sin la ornamentación que parecía corresponderla. Añade a continuación estas palabras: «La resolución de adornarla con arquitectura, escultura y lo demás que allí hay, efectuada años pasados, desdice totalmente de la excelente obra que se ha referido».

Situémonos en el viejo Alficén. El convento de los Calzados, en la Cuesta del Carmen, no existe en la actualidad. En su iglesia se levantaban antaño los famosísimos sepulcros de los Ayalas, del siglo XVII, ahora en San Pedro Mártir, los de la *leyenda del beso*, de Bécquer.

Para Ponz, según expresa también en su carta tercera (número 32), la iglesia carmelitana era dórica, con columnas de bellísimo gusto, pero que por desventura en los adornos se hallaba introducida «la pésima hojarasca, tantas veces abominada». Más que en otras partes, se dejaba ello conocer, según él, en la capilla de Nuestra Señora del Carmen, de cuya vista era menester escapar, *porque no era posible mantener la paciencia contemplando semejantes desatinos*.

Sin embargo, el ejemplar del «Viaje» que yo manejo, contiene una nota manuscrita de un curioso lector, posiblemente, a juzgar por los rasgos caligráficos, contemporáneo de Don Antonio: «No hay tal hojarasca en la fachada —dice la nota—; antes, es una de las mejores y más sencillas de Toledo».

IV

En la carta cuarta (número 24), diputa Ponz de ostentosa la parroquia de San Juan Bautista, particularmente la fachada, con poca o ninguna elegancia. Es obra, añade, acreditada en Toledo de buena arquitectura; pero, en realidad —exclama tajante—, no lo es. A más de la hojarasca y otros ornatos impertinentes, hace resaltar la pesadez de sus partes y la falta de gentileza. Imitación adulterada de la Casa Profesa, de Roma, sólo salva a esta iglesia toledana una cosa: la de estar toda ella construida con piedra berroqueña, y porque, cuando se hizo, se tuvo alguna idea de lo bueno, lo que por cierto no sucedió en otras construcciones españolas similares; por ejemplo, en Madrid, las del Hospicio, San Sebastián, Aduana, fantasías extravagantes de Churriguera, «nacido para introducir todo género de disparates en las obras públicas y, lo que es más de admirar, logrando en esto mismo el mayor aplauso».

Elogia en general la traza exterior de la mayor parte de las iglesias toledanas, pero no así las modificaciones llevadas a efecto por entonces en muchas de ellas. Se dispendieron montañas de oro en el dorado de disparatados retablos, que no constituían otra cosa sino verdaderas ofensas a la religión. Piensa el cronista que si de muchos templos de Toledo se quitaran las imágenes sagradas, podíase muy bien pensar, por los colgajos de uvas, calabazas, berzas y demás frutos, hallarse destinados al culto de deidades paganas. A más de ello, añade, las tallas de tales altares, sobre servir como madrigueras de ratones y receptáculo de polvo, no constituyen otra cosa sino extrañas imaginaciones de entendimientos desarreglados y sin cultura alguna.

Y termina sus dictérios (número 54, de la citada carta cuarta) contra los arquitectos de la época, con unas frases que quieren tener sentido profético: Cuando en el lejano futuro los hombres del mañana se pregunten cuáles fueron los tiempos cultos, muy poca esperanza habrá de semejante honor para el siglo XVIII.

V

No fué justo Ponz en las apasionadas apreciaciones sobre el estilo barroco, como manifestación de la arquitectura de su época. Su menosprecio del ardor churrigueresco era, sin embargo, cualidad general de mentes encariñadas con la sencillez, con la seriedad del academismo neoclásico. Las inmutables líneas grecoromanas constituían un canon de belleza para los tradicionalistas de entonces; estaban muy lejos de justipreciar el encanto —por otra parte, tan español— del barroco setecentista. Fué preciso el paso de tiempos y de cosas, para que pudiera ser percibida de manera exacta y serena la adorable delicia de José Churriguera, de Pedro de Ribera, de Narciso Tomé. Hoy es ya un problema de cultura y sensibilidad totalmente resuelto; por ello se nos imaginan extrañas, y sobre todo injustas, las palabras de los que, como Ponz, enrojecían de iracundia ante obras arquitectónicas que todos admiramos ahora porque, honradamente, nos parecen muy bellas.

(1) *Viaje de España*, en que se da noticia de las cosas más apreciables y dignas de saberse que hay en ella. Su autor Don Antonio Ponz, Secretario de la Real Academia de San Fernando, individuo de la Real de la Historia, y de las Reales Sociedades Bascongada y Económica de Madrid. Dedicado al Príncipe Nuestro Señor.—Tomo primero.—Segunda edición, corregida y aumentada. Madrid. MDCLXXVI. Por Don Joaquín Ibarra, impresor de Cámara de S. M.

Una conferencia sobre D. Santiago Ramón y Cajal

El Profesor D. Emiliano Castaños, Catedrático del Instituto y Vocal de la Junta Directiva de ESTILO, pintor y académico, disertó en el Paraninfo del Instituto, sobre D. Santiago Ramón y Cajal.

Para conmemorar el 1.º Centenario del nacimiento del ilustre sabio español D. Santiago Ramón y Cajal, se celebró el día 29 del mes pasado un acto homenaje en el Paraninfo de nuestro primer centro docente ante los alumnos de ambos sexos y el profesorado del mismo.

El Director, D. José Pastor, expresó la significación del acto y seguidamente el catedrático de Ciencias Naturales D. Emiliano Castaños hizo uso de la palabra. En la imposibilidad de exponer la totalidad de la interesante conferencia del Sr. Castaños, nos limitaremos a trasladar un resumen.

Al ver escrito el nombre SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL, dijo, debemos los españoles inclinar nuestras frentes en señal de respeto, de admiración y de reconocimiento; porque si Colón descubrió un mundo para España, Cajal descubrió una España para el mundo.

En un momento de decadencia española (guerras carlistas, pérdida de las colonias, etc.), quiso la Providencia que Ramón y Cajal devolviera el prestigio a nuestra Nación. Expuso el conferenciante las condiciones admirables que reunía el sabio para la investigación científica: espíritu de observación, paciencia y tozudez baturra, para tratar de llegar hasta los últimos pormenores de sus estudios. Por eso descubrió Cajal antes que nadie el poder fagocitótico de las plaquetas de la sangre. Por eso también dió la explicación del funcionamiento de la neurona, en el sentido de que no se comunicaban unas con otras, como creían los sabios europeos, sino por contacto o por contigüidad, es decir, que la corriente nerviosa, al igual que la eléctrica, marcha en el sistema nervioso por conductibilidad o por inducción.

Golgi, sabio histólogo de la Facultad de Medicina de Pavia, había descubierto un método de tinción admirable para destacar los elementos nerviosos de las cortezas del cerebro y cerebelo, así como para destacar la estructura de la retina. Método del cromato de plata. Mas a pesar de ello, no lograron los sabios desentrañar la



D. EMILIANO CASTAÑOS

selva impenetrable del cerebelo. Habían destacado las llamadas células de Purkinje entre aquel entrecruzamiento de fibras, de dendritas, de hilos nerviosos por todas partes, cuyos finales no lograron ver.

Cajal lo descubrió todo aplicando la ley del sentido común. En lugar de estudiar el cerebelo del adulto, hizo preparaciones en cortes de cerebelos embrionarios de diferentes días, logrando destacar con el mismo método de Golgi, todo lo que tan obscuro se presentaba ante los demás sabios.

Nuestro histólogo, en vista de que el idioma español era desconocido en el mundo científico, hizo traducir sus trabajos al francés; pero al ver que eran de un español, tampoco leían a Cajal aquellos sabios de renombre mundial, como lo eran Krause, Golgi, Kölliker, Retzius, Weldeyer, M. Duval, Gehuchten, etc.

Ante la indiferencia y el desprecio de dichos sabios, aprovechó Cajal la ocasión de celebrarse un Congreso Médico organizado por la Sociedad Anatómica de Berlín en 1889, y a él acudió, cargado con sus preparaciones micrográficas para que, ante lo evidente, no tuvieran más remedio que dar la razón a un español desconocido; como así fué. La escena hubiera sido para presenciada. Aquellos sabios, al observar en el microscopio las preparaciones de nuestro compatriota, en que aparecían con claridad meridiana las conexiones de unos elementos con otros, las células en cesta de la zona molecular, los *nidos* rodeando el cuer-

po de la célula de Purkinje con su pincel hacia el cilindro-eje, los granos de la zona granular con sus tres o cuatro dendritas y las prolongaciones digitiformes, con su axón hacia la corteza, bifurcándose en forma de T y llegando hasta el borde mismo de la circunvolución cerebelosa; las fibras trepadoras agarrándose como las lianas en la selva a las dendritas de las elegantes células de Purkinje y las fibras musgosas con sus rosáceas poniéndose en contacto con las digitiformes de los granos, etc.; no salieron de su asombro, surgiendo una verdadera explosión de abrazos, felicitaciones y preguntas a las que tuvo que contestar Cajal explicando los detalles de su método operatorio.

El más expresivo, Kölliker, de la Universidad de Wurzburg, no sintió separarse de Cajal el tiempo que permaneció en Berlín y aprendió el idioma español con el exclusivo objeto de leer los primeros trabajos de nuestro histólogo. Ya era conocido Cajal y ya era conocida España. Matías Duval, de la Facultad de Medicina de París, al llegar a la explicación del tejido nervioso, empezaba su lección diciendo: Señores: Por esta vez la luz nos llega del Mediodía, de la noble España, país del sol, patria de Cajal, de cuyos estudios nos hemos de valer para estas explicaciones...

Y ahora Castaños les dice a sus alumnos: ¿Al oír esto, queridos alumnos, no sentís el estremecimiento de las células piramidales de vuestros cerebros? ¿No sentís ese calofrío especial que afecta a todo nuestro ser, cuando nos invade el sentimiento de la Patria?

Por eso nuestro Gobierno ha querido que se honre a Cajal ya que éste tanto honró a España.

Cajal, además de su labor personal, creó una escuela de investigadores de la que han salido discípulos tan aventajados como Río Hortega, Achucarro, Alvarado (S.), Tello, Costero, Lorente de No, etc., y ya, en todo trabajo histológico mundial, se ven los nombres de Cajal y de muchos de estos y otros españoles.

Seguid, queridos alumnos, el ejemplo de Cajal, trabajando mucho, estudiando mucho; pues cuanto más cultivéis y elevéis vuestra inteligencia, más cerca estaréis de Dios, fin supremo a que tiene que aspirar el hombre.

CHOPIN EN MALLORCA

Entre las anécdotas recogidas por Andrés Maurois en su biografía de Federico Chopín, se encuentra la que nos hace saber cómo se conocieron el artista polaco y la escritora George Sand. Chopín se complacía en asistir a las tertulias que en los salones románticos de París de 1830 reunían a los poetas, escritores y artistas más prestigiosos. Más que para el público de las salas de los conciertos, le encantaba tocar en la intimidad para estas reducidas selecciones, en las que figuraban Franz Liszt, que alternaba con él en el piano, Meyerbeer, los poetas Enrique Heine y Adam Mickiewicz, el pintor Delacroix y la cantante Paulina Viardot, hija de un artista español.

Parece que era de rigor apagar todas las luces del salón cuando Chopín se sentaba al piano. Solamente los destellos de la leña que ardía en la chimenea, rompía tímidamente las tinieblas. «Los muebles, cubiertos de fundas blancas, escribirá George Sand, tenían el aire de fantasmas atentos». Muy violentas emociones debían sacudir el espíritu de los oyentes, pues al levantarse Chopín del piano y ver encendidas de nuevo las luces, el salón aparecía como un mar de lágrimas.

A una de estas reuniones llevó Liszt a una mujer, vestida con ropas masculinas, que fumaba sin cesar, y escuchaba embelesada las composiciones y las improvisaciones de Chopín; a él no le resultó simpático este primer encuentro con la célebre novelista.

Aurora Dupín, separada de su esposo el varón Dudevant, más conocida por su pseudónimo «George Sand», que había adoptado, en homenaje a Jules Sandeau, su maestro y guía en sus primeras actividades literarias; tenía entonces treinta y cuatro años. Estaba aún reciente su definitiva ruptura con el poeta Alfredo de Musset, después de un borrascoso idilio, que tuvo grandes consecuencias literarias, ya que inspiró al poeta sus *NUITS* y su *CONFESSION D'UN ENFANT DU SIECLE*, y a la novelista su obra *ELLET ET LUI*, publicada años más tarde.

Además, pesó singularmente en el ánimo de George Sand, «être de sentiment», por excelencia, como ella misma dice, la enfermedad que prematuramente había de cortar la vida de Chopín, acogiéndole con ternura maternal y propuesta a hacer cuanto pudiera para ayudar a su curación.

Fué necesario, por consejo del médico, trasladarse a algún lugar del Mediterráneo. George Sand escogió la isla de Mallorca. Un día del mes de Noviembre de 1838, partieron de Port Vendres, con destino a Barcelona y Palma de Mallorca, George Sand, sus dos hijos Mauricio y Solange y su hijo adoptivo, «nuestro enfermo», como ella lo llama en el libro que este viaje le hizo escribir: «Un hiver a Majorque».

Sería injusto no reconocer la inmensa generosidad que impulsaba a esta mujer al tomar una determinación heroica. La gran pasión que sintió por Chopín no podía cegarla, hasta el punto de ocultarle el peligro que a ella y a sus hijos les acechaba, haciendo vida en común con un tuberculoso.

Después de vencer serias dificultades para encontrar alojamiento, se instalaron en una casa de campo, no lejos de la capital. Al describir esta casa, dice la escritora «que era amplia y saneada». Su nombre mallorquín, SON VENT, parecía aludir, con expresiva ironía, a sus condiciones; la humedad y el frío agravaron sensiblemente el estado del enfermo, y para colmo, en el momento de mayor preocupación para los que rodeaban a Chopín, el propietario de SON VENT, temeroso de posibles contagios, los invitó, con impacientes instancias, a dejar la casa.

«Entonces, dice la escritora, se produjo un milagro: encontramos un asilo para el invierno. Había en la cartuja de Valldemosa un español refugiado, escondido allí no sé por qué motivo político». Este español se disponía a dejar su escondrijo y les cedió su mobiliario. Pudieron alquilar allí tres celdas y se instalaron inmediatamente. «La poesía de esta cartuja me había enloquecido, sigue refiriendo George Sand. En los espaciosos y solitarios claustros, el viento arrastraba ecos lúgubres, con incansable y obsesiva constancia».

El paisaje humano que rodeaba a los nuevos y singulares huéspedes de la cartuja, no era muy acogedor. Se sabía cuál era la enfermedad que Chopín tenía; se sabía también que su unión con la escritora era irregular; George Sand se paseaba a media noche con sus hijos por el cementerio del convento; los aldeanos de Valldemosa los consideraban como enviados de Satanás. Como primera providencia, se confabularon todos para no venderles alimentos. El enfermo se debilitaba con el aire húmedo y las privaciones.

En medio de tanta desolación, Chopín no dejaba de componer música. En aquella cartuja, fueron concebidas algunas de las mejores páginas de su inmortal

creación: los 24 *Preludios*, op. 28; la *Balada*, en *fa*, op. 38; la *Polonesa*, en *do* menor, op. 40, núm. 2; el *Scherzo*, en *do* sostenido menor, op. 39 y algunos estudios. Hay quien afirma que también compuso allí la *Sonata*, op. 35 y dos *Nocturnos*, op. 37.

Consumido por la fiebre, y entre angustiosas alucinaciones, pasaba horas y horas ante su piano, y sus dedos no dejaban de teclear. George Sand y su hijo fueron un día a la ciudad, y a su regreso les sorprendió una tempestad pavorosa; se retrasaron siete horas. Chopín esperaba a los viajeros con creciente inquietud, desvaneciéndose por el agotamiento sobre el piano; en esta situación tuvo una pesadilla; soñó que había caído en un lago; cuando entraron bruscamente la escritora y su hijo, se despertó delirando y con grandes gritos exclamó: «Ya sabía que todos habíais muerto». Al reponerse en su lucidez, habló del sueño que había tenido y tocó una composición. Quiere la leyenda que esta composición sea el *Preludio* llamado de las gotas de agua.

A principios de Marzo de 1839, Chopín fué llevado de nuevo a Francia. Pasó un corto tiempo en Marsella; más tarde fué acompañado a Génova, y finalmente a Nohant, a la propia casa de su ángel tutelar y siempre bajo sus cuidados.—B. S.



En medio de tanta desolación, no dejaba de componer música.

“LA ADORACION DE LOS PASTORES”, DEL GRECO

Por JOSÉ CAMÓN AZNAR

Este lienzo del Greco tiene una dolorosa actualidad para los toledanos. Es muy probable que cualquier día salga de la ciudad, aunque de momento quedó suspendido el proyecto de su venta. Sería lamentable que el Convento de Santo Domingo el Antiguo se viese despojado de él, como tuvo que renunciar al magnífico lienzo central del retablo mayor, también del Greco, en 1830, y sustituido por una copia de José Aparicio. Aquel famoso cuadro titulado «La Asunción de Nuestra Señora», hoy se encuentra en el Art Institute de Chicago.

El catedrático de Arte de la Universidad Central, D. José Camón Aznar hace en su magnífico libro «Domenico Greco» (Madrid, Espasa Calpe, 1950), los preciosos comentarios que siguen.

Este cuadro se halla colocado en el altar del lado del Evangelio. Es un tema preferido del Greco, inspirado en Bassano y en la NOCHE del Correggio, de la Galería de Dresde. El motivo le sirve a Domenico para explayar su maestría en el tratamiento de iluminaciones artificiales. Es éste un cuadro extraño, de dislocada inspiración, concebido con un enmarañamiento de luces y formas que permitió al Greco todas sus visionarias arbitrariedades. El manierismo del Greco, concebido como una sucesión de ondulantes y retorcidas formas y luces paralelas, halla en este cuadro un magnífico campo de experiencias.

Su formación junto a los maestros venecianos, tan preocupados por los efectos de las iluminaciones nocturnas, y su propia técnica de trabajo con figurillas de barro, sobre las que proyectaba efectos de luz, hicieron especialmente predilectas estas escenas en la noche. La luz arranca del punto central del cuadro, del cuerpecillo del Niño. Desde aquí se expande radialmente, accendiéndose vivísima a los personajes que rodean el pesebre. Como los envuelve la noche, estas tachas de luz fulgurante alucinantes y deslumbradoras, en contraste con las densas sombras que rígidamente las limitan. La libertad con que el pintor pudo lanzar masas de luz sobre todas las sinuosidades y subrayar todos los engarabamientos y caprichos, permite el pleno desarrollo del humor grequiano. La luz emanada moja las superficies cercanas, cabrilla por los perfiles y queda instantánea y fulgurante, dramatizando las espesas sombras.

No es una luz diáfana y gozosa como la de Correggio, cuyo círculo de expansión es regular. Aquí la luz inesperadamente se vuelve sobre un rostro o sobre un manto y a veces alcanza con rayos audaces a las formas refugiadas en los ángulos más sombríos. Los esfuerzos cromáticos del Greco por conseguir colores turbados sobre los que relampaguearan los destellos y dejaran en vivo su rastro zigzagueante, aquí alcanzó su plenitud, pues estos latigüillos de luz quedan sueltos y activamente resplandecientes. Es lástima que este lienzo haya perdido mucho de sus primitivos colores, que hoy se encuentran como requemados y opacos.

En esta composición de la «Adoración de los pastores», la barroca caprichosidad en la distribución de los toques de luz se alía a la arbitraria y descompuesta colocación de los personajes. Estos se distribuyen, a la moda manierista, en un círculo, pero con tan fuertes desniveles que las figuras sucesivas se superponen en más de medio cuerpo. Este escalonamiento en planos tan dispares permite a cada

figura quedar casi exenta y desarrollar toda la amplitud de su gesto. Quedan estos seres libres de la apoyatura en tierra firme, y sus gestos flotantes, exaltados por unas luces también arbitrarias, indirectas y oblicuas, forman unos conjuntos alucinantes.

La Virgen es una delicada Madonna de tinte permesana, de infinita delicadeza, con primor de figurilla de nacimiento. Lleva una espumeante mantilla. La túnica es roja y el manto azulado. El San José, apenas revelado en la oscuridad, es una gigantesca figura de anciano que protege la cuna con sus robustas formas anónimas. Es un corpachón el suyo proletario y humilde. Adora al Niño con sobria y tímida grandeza. Este San José se encuentra equilibrado en el ángulo opuesto por un pastor orante de soberbia cabeza, con canosa barba iluminada y aguileño perfil. Parece un retrato. En el plano superior un pastor, con las manos

cruzadas sobre el pecho y las piernas flotantes, recibe el foco de luz que emana del pesebre; lleva camisa blanca y jubón amarillo. Más arriba un muchacho con gesto de asombro, vestido con jubón morado y mangas verdosas, muestra una cabeza muy semejante al modelo de «El soplón» de Nápoles. Dos pastores, que se transmiten la buena nueva, completan este grupo. En uno de los ángulos superiores unos residuos de luz nos descubren dos ángeles, guardianes de la cabaña, con túnicas de pliegues duros que recogen los trazos de luz. Estas figuras (que por tratarse de un fragmento el de la foto presente el lector no puede ver) aparecen espectrales, temblorosas y lunáticas. Los colores son indefinidos sobre blancos ocres.

En el ángulo inferior (tampoco se ve en este fragmento) colocó el pintor la imponente figura barbada de San Jerónimo haciendo penitencia en la cueva de Belén, por cuyas largas barbas de anacoreta se desfilaba la luz tenue. Lleva en una mano una vela, en la otra un libro. Mira al espectador y

aparece vestido con un manto rojizo como fuego. De la misma manera es representado San Jerónimo, aunque se halla titulado como San José en un cuadro de la Virgen María de Parmigianino en los Uffizi. En el cielo hay un rompimiento de cegadora luminosidad amarillenta, de cuyo foco arranca un amasijo de angelotes con una filacteria con caracteres griegos, con el versículo 14, capítulo II, de San Lucas.

Es éste el primer cuadro en el que ya plantea el Greco su típica concepción espacial. Las figuras tienden a superponerse, despreciando la dimensión de profundidad. No hay lejanías, ni siquiera distancia, ni holgura entre los personajes. Se encaraman unos sobre otros, cerrando la escena. Pero aquí cada figura, aunque colocada a diferente altura, conserva su normal dimensión. Y aun se sugiere, por un fuego en la lejanía, el horizonte.

Después, las figuras han de contar sólo con dos dimensiones, y el fondo se incorporará en una completa verticalidad.

Este cuadro es el más bassanesco de los compuestos en España. Entre otros modelos puede relacionarse con el «Nacimiento» del Bassano del Museo del Prado.



EL GRECO.—La «Adoración de los pastores» (fragmento). Convento de Santo Domingo el Antiguo (Toledo).—Foto: Rodríguez

LOS POETAS, CON SAN JUAN DE LA CRUZ

Del acto celebrado en el Instituto de Enseñanza Media

Por JUAN ANTONIO VILLACAÑAS

Como una mística canción llega a los poetas españoles la mano de San Juan de la Cruz para dirigirlos en su noble inquietud de trovadores. Las campanas de Avila traducen los latidos de su corazón. San Juan de la Cruz encarna la poesía española. Vuelven a sonar profundamente y para siempre los ecos musicales de su alma, prendida en la mirada del Esposo:

*¡Oh, cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados!...*

Todos los campos de Castilla recuerdan al santo carmelita, que ha sentido la caricia de sus granos rubios en la tierra y el sol templado sobre su rostro inalterable: espiga del agosto y copo de nieve — con su capa blanca— del invierno triste y pesado...

Toledo sabe bien de ésto, y a Toledo vino para llegar más a Dios. Y aquí halló quizás el definitivo accesorio, construido con los crueles sufrimientos que recibiera en el convento del Carmen, desde donde le llamaba desconsolado, casi con desesperación:

*¿A dónde te escondiste, Amado,
y me dejaste con gemido?*

La oscuridad de su celda le encendió la lámpara de la huída, después de varios meses de tormento, y fué a refugiarse humildemente al convento de Carmelitas Descalzas. A su llamada silenciosa, furtiva..., acude la madre tornera, a quien dice, como lo dijera un delincuente:

— Soy yo, hija, fray Juan, que me he escapado de la cárcel.

En esto vemos que cada paso, cada suspiro, fué un movimiento poético de su vida maravillosa. Los que hacemos versos no podemos suponer que hacemos poesía. Un poema es una tienda de juguetes, un campo de recreo, algo que perseguimos anhelantes; la ambición, la lealtad, hasta las honras fúnebres. Es poema todo lo que deseamos con el alma; es poema lo que se logra y lo que no se ha logrado aún. La poesía está más allá; la poesía siempre queda en el aire, en el espacio, reflejo de nuestro espíritu. No se alcanza jamás. Por eso San Juan de la Cruz es el poeta que más cerca ha vivido de ella, y sus poemas son gotas de la esencia más pura, más sublime.

* * *

No podía pasar inadvertido a nuestro primer centro docente tan hermoso acontecimiento. Así, dedicó al

Santo un acto literario al que asistieron autoridades civiles y eclesiásticas, académicos, profesores y alumnos, otras destacadas personalidades y distinguidas damas de la ciudad.

Su director y asociado de «ESTILO», Don José Pastor, dió comienzo recordando otros actos celebrados en el mismo lugar, y fué perfilando inteligentemente la figura de este poeta místico «consagrado al trabajo en forma de voluntad y corazón».

Representa a los poetas toledanos en este certamen el escritor Don Clemente Palencia. Con su delicada oratoria, hace llegar al auditorio los más encendidos pasajes de la vida del santo de Fontiveros como poeta ejemplar. Tienen sus palabras un ritmo emocionado, conmovido, y deja caer sobre nosotros la fuerza de su más alta observación. Vislumbra paralelos en «los caminos subconscientes que hay en la inspiración de Garcilaso, llamando Nemoroso a uno de sus pastores, y San Juan de la Cruz, cuando dice: los valles solitarios, nemorosos...» Muestra su estilo poético, diciendo: «Cultiva los endecasílabos, la lira, que la eleva del sentido profano y petrarquista a un plano a lo divino; Como temas populares, emplea los substantivos, *caza, valles, oteros, montes, ejidos*, y tiene cultismos propios de sus estudios universitarios de Salamanca, como *ínsula, esquiva*, lenguaje común de los Cancioneros del siglo XV». Profesor y poeta, define su forma, y vive, más que declama, «La llama de amor viva».

La parte artística estuvo a cargo de la señorita María Luisa García Peces y del joven Laureano Jiménez, ambos alumnos, quienes recitaron con singular conocimiento interpretativo, «El pastorcito» y las 17 estrofas del «Cántico espiritual», respectivamente.

Un carmelita había de cerrar este acto, y lo tuvimos en el reverendo Padre Hilario del Niño Jesús, presentándonos con clara elocuencia al santo Reformador, para contarnos —podemos decirlo así— con íntimo calor y en un sentido de maravillosa confianza, el cautiverio y su fuga del convento del Carmen. Decidió huir —dijo— porque de ese modo servía mejor a Dios. Aclara «que el cándil que nosotros nos imaginamos era algo más fuerte y distinto, pero insuficiente para resistir el peso de cualquier hombre». Mas —termina— era fray Juan tan pequeño y delicado, que sí lo resistió; pero calculó mal la distancia y se hubiera despeñado hacia el Tajo sin remedio. No obstante, San Juan de la Cruz no podía caer, y no cayó; porque descendió suavemente, voló, al suelo.

Sea con nosotros en este homenaje, y recibamos su santa bendición al ser proclamado Patrón de los poetas españoles y demás pueblos de habla castellana.

Diciembre en el bosque

por KARL STIELER (1842-1885)

¡Oh qué noche en el bosque, de invierno, tan callada!
Con sus ramas brillantes, perladas por el hielo,
silenciosa y sin sendas, abrumada de nieve,
cómo asciende magnífico su orgullo silencioso.

Brilla la luna llena, muy redonda y muy fría;
en cadenas ingentes, intangibles y sólidas,
están como forjados la montaña y los árboles:
A su mágico hechizo no se escapan las cosas.

Los pájaros se mueven, se estremecen los pinos,
los arroyos se hielan, el frío se desbanda.
Una múltiple vida, temerosa y difícil,
por su dura existencia va librando batallas.

Pero íntimas y lentas, allí campanas tañen,
sobre la oscura tierra, sobre los tristes pueblos.
¡A través de la noche de Navidad, sus cantos
prodigiosos nos hablan de sosiegos eternos!

(Trad. del alemán por F. ALLUÉ Y MORER).

Música de Nochebuena

(Versión lírica de Andre Salmón)

Se dijera que nievan las campanas
y que se oye una música de nieve;
la Virgen se reclina sobre el leve
balcón de las estrellas más lontananas.

¿Qué suspira en el órgano del viento
y hace fluir la deleitosa esencia
de la más alta y célica nacencia,
tornada luego en falso acabamiento?

Una orquesta rumana desordena
el invisible, angélico concierto,
y a las campanas suplen las sonajas...

Danzarines alegres tras la cena,
acordaos de aquel nocturno yerto
en que Dios nace en un montón de pajas.

N. HERNÁNDEZ LUQUERO

Romance de Navidad

El Niño Dios ha nacido.
Entre una vaca y un asno,
tendido sobre unas pajas
está desnudo y temblando
de frío. Por calentarle,
los dos animales, mansos,
le envuelven en invisibles
jirones de aliento cálido,
mientras la Virgen suspira
y entre la risa y el llanto
no se decide José...

(En un rincón del establo,
ángeles de alcorza ponen,
entre albas nubes de raso,
puras visiones de un cielo
deliciosamente cándido...)

Al pie del portal humilde,
la noche cobija un amplio
paisaje de Navidad,
nimbado de luna en cuarto
creciente: montañas grises,
bucólicos valles, llanos...

Nieve de algodón en rama,
hielo de cristal cuajado
visten de invierno las cimas
de inaccesibles picachos.

Cruza un río — vidrios sobre
arenas de corcho — el arco
de un puente rústico; sigue
por entre huertos y prados;
corre por entre jardines
florecidos de milagro,
serpea por la llanura
y al fin termina en un lago
con patos de celuloide,
con lavanderas de caucho,
con islas de escoria, con
peces de papel de estaño...

(Casitas de cartulina
se miran en los remansos).

Pastores, los de Belén,
abandonando el ganado,
por adorar al infante
cruzan senderos y atajos.
El uno lleva en los hombros
el corderillo más blanco
de la majada; otro lleva,
como supremo regalo,
colodras de leche pura;
aquel, jovencillo, un jarro
de miel dorada; aquel otro,
názula dulce en un plato;
y el otro, que se rezaga

porque le pesan los años,
gachas de harina de almortas
lleva en un cuenco de barro.

(Sobre las verdes praderas
solos están los rebaños:
ovejas de arcilla con
patas de alambre o de palo).

En torno del nacimiento,
con voces del ritmo claro,
los niños cantan romances
y villancicos arcaicos:

—...Que suenen las chirimías,
que rían todos los labios,
que el Niño Dios ha nacido...—

(La noche es serena. Bajo
cielos de papel de seda
con nebulosas de talco
—siguiendo el reflejo de una
estrella de gran tamaño
prendida con alfileres
hacia el Oriente lejano—
caminan, sobre sus sobrios
camellos, los Reyes Magos...)

TERTULINO FERNÁNDEZ CALVO



SIGNOS DE NAVIDAD

A mi hija Beatriz, de cinco meses.

I

...Otra vez ha nevado
inútilmente
y las plantas
me ocultan su belleza tangible,
y se pierden los pastos del ganado,
errante.
Las soledades, blancas en la nieve,
año tras año...
Cantan los ángeles al niño
que ha nacido.
Villancicos abstractos,
desprendidos del éter,
caen sobre mi frente
como si quisieran recordarme
la infancia milagrosa.
Anunciación infinita
de caminos que sigo,
sin portales ni palmas.

II

No has de temer, Pequeño,
porque te voy buscando.
¿Quién odia tu blancura
o mata tu inocencia
en los Belenes?

III

Herodes ya no existe.
¡Oh contrabando muerto
de mi vida
responsable y quebrada!

IV

(Sí.
¡Herodes ya no existe...!)

V

Quiero sentir
tus Magos, adoradores mansos,
con su fuego de estrellas en la Noche.
Déjame tus ovejas y tus bueyes,
o el calor de su aliento, niebla de ma-
Recuerda que soy musgo [drugada.
para tu nacimiento.

VI

Qué delicada curva
de palmera;
qué parábola el viento me define.
Sensaciones de gloria entre zumbidos,
que los hombres,
ya niños,
crucifican;
que los niños,
ya hombres,
adivinan...

VII

Tú naciste ayer... Hoy has nacido
ya,
y nacerás mañana.
Con ansias te he buscado por los cam-
[pos,
y los mismos caminos salieron a mi pa-
con su misterio —lejos— cada uno. [so
Un rostro, ¡sólo un rostro!, sin figura,
oculto entre los hombres de la tierra,
vigilaba mi éxtasis perdido.
Lontananza del tiempo.
Ese tiempo de eternidades

que cuenta en esta piel,
en la piel de la vida,
que se marchita más y más
y nos espera siempre, siempre.

VIII

¿Qué fuerzas
me persiguen para alcanzarte...?

IX

Cuando llegue,
nunca podré explicarme
las causas de mi tremendo error;
pero me obsequiarás mostrándome
dónde sostienes la redondez del espacio,
y veré con sorpresa, que los árboles
no fueron lo que de ellos se dijo
siempre, siempre...
Ni las plantas, con su belleza tangible...;
ni el ganado, en su afán de pastar,
errante;
ni las soledades, serán lo mismo.
Sólo Tú conservarás tu forma
en los seres
y en las cosas que pueblan mi alma.

X

¡NAVIDAD...!
...Otra vez ha nevado
inútilmente
en el verde anhelante de mi musgo...

JUAN ANTONIO VILLACAÑAS

HOMENAJES A NUESTROS ASOCIADOS

Por CLEMENTE PALENCIA

Cronista Oficial de Toledo.

Acostumbraba Stefan Zweig a unir los hombres por trilogías; en una de ellas, bajo el título de «Los héroes del dolor», junta a Beethoven, Miguel Angel y Tolstoi —la Música, la Escultura y las Letras—. Por circunstancias casuales, surgen también, en una evocación misma, tres destacadas figuras de nuestra Asociación: Adoración Gómez Camarero, Julio Pascual y Juan Francisco Rivera. Yo les llamaría «los héroes del trabajo», del más noble de todos los trabajos, porque se realiza con el cerebro y con el corazón.

Toledo sabe de agradecimiento y de recompensas. El día 9 de Noviembre se dedicó una de las más poéticas plazas, la de San Cipriano, al insigne periodista que, con su incansable pluma, defendió en todo momento los intereses artísticos de Toledo. En un precioso artículo, sintetizaba L. Moreno Nieto la noble semblanza del escritor: «Sus campañas en favor de Toledo, decía, fueron briosas, tenaces, siempre dirigidas a conseguir elevados objetivos. Aún se recuerda la que llevó a cabo hace veinticinco años contra la expoliación de nuestra riqueza artística; uno de sus reportajes, publicado en un diario madrileño, fué reconocido como un auténtico éxito profesional».

Su hoja de servicios está aureolada por grandes efemérides. Desde los días de «El Castellano», en la brecha de la oposición, como contrapeso de aquellos virulentos periódicos que surgieron en los días de la república, contra los que polemizaba su briosa pluma, siempre al lado de Toledo.

Fué después, cuando vió derrumbado el Alcázar y palpitante en ruinas la ciudad, el que despertó secretos estímulos para una nueva etapa de reconstrucción moral y material en la nueva Troya. ¡Y cómo le han dolido las bajas hechas por los hombres o por el tiempo! A él le parecían, con razón, mutilaciones de nuestra historia la desaparición de J. Polo Benito, Dr. Estenaga, Agustín Rodríguez, R. Martínez Vega; más tarde, Francisco de B. San Román.

Una de sus crónicas —la tituló «El Cardenal doliente»—, reflejaba la penosa odisea de aquel gigante de nuestro Episcopado, Cardenal Gomá, cuando «siguiendo el Ródano de sus pesares» se aproximaba a la muerte.

Su pluma ha detenido, por mágico poder, el decaimiento y la ruina de muchas instituciones, sembrando siempre entusiasmos sobre la apatía de los más. ¿Qué menos que perpetuar su nombre, bajo el amparo de la Virgen de la Esperanza, con el recuerdo de otro gran toledano, Victoriano Medina, en una plaza de Toledo?

* * *

La obstinada modestia de Julio Pascual, se vió por tercera vez contrariada en este año, cuando hubo de recibir, el día 16 de Noviembre, un nuevo homenaje que le dedicaba la Escuela de Artes y Oficios con motivo del quincuagésimo aniversario de su fundación. Enrique Vera, dijo entonces: «Al celebrar la Escuela los actos de hoy, hemos pensado que nadie más representativo en el actual movi-

miento del arte decorativo español, y muy singularmente del toledano, que nuestro querido compañero el ilustre artista, de fama mundial, Julio Pascual».

Sabemos lo que significa para su temperamento salir de su taller, de ese taller al que acudieron en peregrinación admirativa tantas figuras de nuestra Historia. Ya recordé en un número anterior la visita que le hizo nuestro último Monarca, D. Alfonso XIII; antes, habían desfilado María de Rumanía y la Infanta Isabel. «Valor excepcional de Toledo»; así le calificó la palabra, siempre justa, de nuestro digno Gobernador, D. Andrés Marín.

La Escuela de Artes y Oficios quiso personificar en él la noble veteranía del magisterio artístico, y junto a él se agruparon sus numerosos admiradores. Cordial y sencillo acto, pero de entrañable emoción para el artista que, cargado de méritos, labora sin descanso por Toledo. Sería interminable el recuento de sus obras, extendidas por el mundo. Siempre en la vanguardia de su defensa del arte, a él y a otros asociados se debe que nuestra maravillosa Custodia quedase en Toledo, cuando el asedio rojo.

* * *

El 23 de Noviembre se impuso la Encomienda de Alfonso X el Sabio al M. I. Sr. D. Juan Francisco Rivera. El acto se celebró en el Salón de Mesa, domicilio social de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, después de pronunciar el discurso de apertura, que versó sobre «La Catedral toledana en la época visigoda».

El Ministro de Educación Nacional ha querido premiar de esta forma la inmensa labor de investigación realizada por nuestro ilustre asociado; labor asombrosa por su contenido y por su extensión. Desde sus estudios en la Universidad Gregoriana de Roma, hasta sus últimas aportaciones y sugerencias como relator de las sesiones sobre Archivos eclesiásticos en el I Congreso Ibero-Americano de Archivos, Bibliotecas y Propiedad Intelectual, recientemente clausurado, se eslabona toda una serie de publicaciones —«Elipando», «San Julián», «Baltasar Porreño», «Adelantamiento de Cazorla»—. Todo esto, unido al desempeño de sus obligaciones sacerdotales; a los trabajos docentes en el Seminario; a su colaboración no interrumpida en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Por eso no hay nota de hipérbole si a los tres se les une bajo el heroísmo del trabajo. Libros enteros, folletos que llenarían una biblioteca, podían hacerse si fuese posible reunir las brillantes crónicas de Camarero, tan acertadas y oportunas, llenas de auténtica erudición. Entre tres hombres que trabajasen sobre el hierro incansablemente, no podrían realizar la obra tenaz y personalísima que ha logrado Julio Pascual. En cuanto a la rica bibliografía eclesiástica de Rivera, puede compararse a la de aquellos abnegados benedictinos de otras épocas, campeones infatigables de la cultura.

Para los anales de nuestra Sociedad, constituyeron estos homenajes tres imborrables satisfacciones.

Con el presente número, comienza AYER Y HOY el sexto año de su existencia. En todo momento ha procurado mantener en actualidad temas relacionados con Toledo y con su historia. Plumas de prestigio definitivo, Dr. Marañón, Azorin; periodistas destacados, Mercedes Escobar, Adoración Gómez Camarero; representantes de la aristocracia más acendrada, Conde de Casal, Marqués de Lozoya; figuras de la cátedra y de la investigación, Manuel Alía, Castaños, Pastor, Jiménez de Gregorio, Juan Francisco Rivera, Téllez, García Rodríguez; poetas de resonancia nacional, Fernando Allué, Jose María Cabezali, etc., han dejado a lo largo de estos años su preciosa labor en nuestras páginas. Una sola de estas firmas, daría rango y honor a la más exigente de las publicaciones.

Los dibujos que aparecen ilustrando las cubiertas o en comentario gráfico, junto a los artículos, son también de nuestros artistas: E. Vera, Manuel M. Pintado, E. Castaños, Manuel Romero, etc. Es de justicia recordar estos nombres de brillantes colaboradores, y de otros que no se citan, como tributo de agradecimiento por parte de esta Revista, de ESTILO y de sus miembros.

PESADILLA

Por JOSÉ MARÍA GÓMEZ OLIVEROS

Está quieta la noche; duerme el cielo y la tierra; nada se oye ni bulle, y sin embargo...

La fantasía se desborda alocada, mientras el hombre, sin saberlo, se agita y estremece. ¿Duerme? Sí, duerme; duerme y sufre. El espanto más tenebroso ocupa su cerebro, y, en medio de su miedo fantasmagórico, una horrible impotencia le atenaza y le oprime ferozmente el corazón.

El mundo al que la pesadilla le traslada, es disparatado y absurdo: tan pronto se siente caer vertiginosamente sobre profunda y negra sima, como luego ve, con terror inmenso, que los más sucios y horripilantes reptiles se le acercan y, con sus lenguas, colgantes y húmedas, pretenden tocarle, mientras que los ojos y las bocas de los monstruos se ríen horrorosamente, con expresión, a la vez, de caballo y de persona.

Dormido, se agita y convulsiona; quiere defenderse, pero no es capaz; intenta huir desesperadamente y sus piernas, como sin sangre, se aflojan, al mismo tiempo que un enorme peso le impide dar un solo paso. Casi siempre, mira cómo muy cerca está una persona amiga, la que, extraña cosa, ni hace por salvarse, y ni siquiera parece darse cuenta ni de la amenaza que se cierne ni del terror que le agarrota.

De pronto, uno de los feos engendros de su fantasía, le abraza con su aliento fétido y espeso, y siente cómo en sus espaldas se hunden deformes dientes de bestia gigantesca.

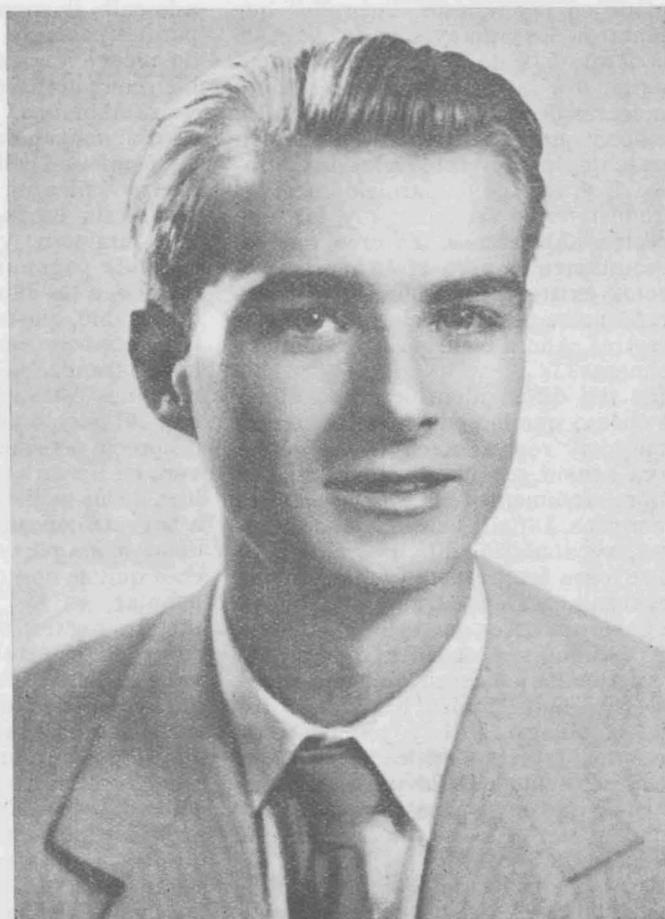
La persona amiga a la que él ve, sonrío y hasta se ocupa con afán en una labor intrascendente.

«¡Cree que duermo!» —piensa el hombre horrorizado—.

Quisiera decirle que ahora no es sueño, no puede serlo; siente el dolor angustiosamente. Vuelve a mirarla; el terror ya le domina con imperio y es entonces cuando, en titánico esfuerzo y tras de esca-

lofiantes quejidos, tenues o no, vuelve a la realidad, buscando al pronto sus ojos extraviados la caraza repugnante de aquéllos que le torturaron antes, mientras apoya la espalda fuertemente sobre el colchón, recordando tembloroso todavía los dientes ásperos y disparatados de sus monstruos atormentadores.

La noche continúa...; ahora es su respiración tranquila, su expresión dichosa...; ahora duerme y descansa.



El poeta Gonzalo Payo Subiza, asociado de «Estilo», que termina de publicar un libro de poesías titulado «Ensueños», fervorosamente acogido por la crítica.

«Ayer y Hoy» desea a los socios de «Estilo» y demás lectores, que tengan unas Pascuas felices y un próximo año 1953 lleno de paz y prosperidad.

ESCENOGRAFIA NAVIDEÑA

Quizás fuera más apropiado «clima» como el ambiente externo y total que envuelve un suceso, es decir, los artificios todos que complementan un acaecer; y, a mayor abundamiento, esta palabra parece que está de moda, pues no sólo determina ésta la indumentaria femenina, sino que también se entromete en el léxico. Pero no clima físico, que esto sería climatología, sino espiritual como queda indicado, y no me parece mal este sentido dual de una misma locución. A Una muno le parecía bondad esta flexibilidad y fluidez en el empleo del idioma, siempre que se sepan deslindar los varios significados.

Me quiero referir a la ambientación de esta evocación anual del Natalicio y ¿por qué no? a la escenografía del hecho que conmemoramos. Pero se me dirá que a cuál de ellas, si a la que existió en Belén, a los decorados que montaron los tramoyistas de Augusto en el año 748 de Roma, aproximadamente, o a la de ahora, a los telones nucleares de este siglo de la prisa. He de decir que a la de ahora en relación con la que tiene veinte siglos de telarañas. Una especie de paralelo entre las circunstancias verdaderas y las que nosotros fabricamos. Yo creo que no absolutamente, pero sí en ciertos aspectos existe fabricación; la escenografía no se nos da hecha, la hacemos nosotros. Ahora bien, ¿la reproducimos fielmente?

Es tan difícil identificar este clima de época, que lo podemos apreciar en cualquier representación dramática cuya acción se quiera situar en años aún relativamente recientes, anteriores a nosotros. Difícil el vestuario, costumbres, vocabulario: difícil el clima. Si no se logra esto respecto a tiempos que nos rozan, ¿existirá tramoyista capaz de hacernos creer que en vez del siglo XX vivimos una época herodiana, de «pax romana» o censo quirinario precedente a la mesiánica Natividad? He aquí el milagro: lo hay y somos nosotros los fabricantes, cada uno, de nuestra Navidad. De lo que no hay duda es de que en España se vive la Navidad, y ésta pasa de ser evocación a vivencia.

Dos lados presenta el significado de esta palabra de Nochebuena (y ahora nos ceñimos a la nocturna apoteosis), que como dice bien creo que es Araújo Costa, «sólo en la lengua castellana obtiene fórmula gramatical y teológica»; y estos dos costados son, a saber: el derecho o sustancial, representado por el sentimiento netamente cristiano, que cala toda la honda trascendencia de este alumbramiento, y el siniestro o adjetivo, significado por lo accidental de que se reviste la evocación. Esta última es la escenografía. Repasémosla.

La Navidad requiere incluso determinadas condiciones atmosféricas, tanto en lo urbano como en lo rural. Y en realidad no podemos afirmar con certeza que Jesús naciera en la estación invernal, ni tampoco en la templada o

cálida como pudiera parecer por el hecho de que hubiese pastores guardando los ganados bajo las estrellas, pues incluso en noches invernales los custodiaban al raso, explicándose esto por la rareza de nevadas en Palestina meridional, y aún más, por la ausencia de escarcha nocturna (parecidos argumentos aduce Ricciotti, en su «Vida de Jesús»). Sin embargo, para nosotros, la Navidad se funde —se confunde, a veces— con la nieve, con los cristales llenos de escarcha al amanecer, en los que escribimos con el dedo; en las esquinas de la ciudad habrá castañeras arrebujadas en su chal negro, calentándose las manos al rescoldo de su hornillo; en los montes cercanos la cima blanqueará sin dejar asomar a las olivas su verde, y los niños sueñan cada noche que a la mañana siguiente los tejados estarán blancos. Cuando salgan a la calle se encontrarán con los escaparates poblados de figuritas, portales, de musgo y estrellas plateadas, también con puestos callejeros de panderos y zambombas. En las confiterías, turrón, mazapanes, guirlache. Existe en España un como obligado esplendor gastronómico en estas fechas, que se manifiesta en la velada de la noche más luminosa, y que a veces viene a sustituir paganamente al esplendor litúrgico, a los effluvios de aquella noche del establo, que no pudo ser más pobre.

Yo creo que en el portal de Belén no hubo ofrendas ni siquiera de los pastores, pues éstos eran míseros en extremo, «el pueblo de la tierra» objeto del desprecio farisaico; no obstante, persevera en nuestra tradición artística esta idea de los pastores oferentes, llegando a la gruta con sus dádivas y depositándolas a los pies de su esperado Rey, cosa que se observa en nuestra lírica popular, en los villancicos. Pocos o ningún regalo recibiría la familia judaica en el establo; sólo les llega el vaho caliente de aquellos animales, que ya participan de algo sobrenatural, o al menos, sobreanimal. El oro de los Magos no brilló en el portalito, puesto que no se presentaron allí sino como dice San Mateo, en «la casa». Es probable que se trasladasen unos días después a una de las casas de la aldea, según éstas se iban desocupando de huéspedes que habían cumplido con el empadronamiento.

Vamos viendo cómo el tinglado que nosotros levantamos discrepa en parte con aquél otro de la ciudad de David, y muy frecuentemente el clima espiritual no es coincidente con el que presidió el suceso. Nos acercamos más, en ocasiones, al Palacio de Herodes que a la gruta betlemita.

Uno de los elementos ambientales con más sustantividad propia en el que se glosa, escena a escena el Hecho, es el Belén o Nacimiento, que constituye como un pequeño mundo dentro de cada casa. Estas representaciones infringen reglas históricas y cronológicas, infracciones disculpables por la puerilidad e ingenuidad que emana su

construcción, aun en el caso de artifices adultos que se dejan llevar por esa reminiscencia de infantilismo —tanto como virtud—, la cual aflora al contacto con las figurillas de barro. Citáramos muchas infidelidades, en su mayoría paisajísticas; en algunos la gruta se convierte en ruinas de palacio con columnas tronchadas; el terreno varía de zonas desérticas a praderas con pastizales en los que triscan rebaños. Junto a esbeltas palmeras, olivas y aun pinos. Ríos y lagos con puentes rústicos de orilla a orilla. En resumen: papel de estaño, cartulina y corcho, musgo del tejado y nevadas de harina o talco componen el Belén de cada uno en el que nace el Hijo de Dios. Si luego la Ciencia dice que el terreno era estepario, escaseando las corrientes de agua, que no existía flora tan variada, ¿qué importa si cada uno lleva dentro su Nacimiento? Es necesaria esta libertad de expresión, triunfo de la fantasía e ingenuidad sobre la fría técnica racionalista.

Otro pequeño detalle es cómo se simultanean diversos acontecimientos que se sucedieron en intervalos y se intercalan monumentos y construcciones situadas a muchos kilómetros de distancia —el Palacio de Herodes situado en Jerusalén; y hasta creo recordar haber visto en alguno, difuminadas en la lejanía, las Pirámides de Egipto asomando su cabeza triangular amarillenta—. Pero esto se explica por la necesidad de tener a la vista todos los sagrados episodios que acontecieron en aquella aldehuela de unos mil habitantes a lo más, testigo afortunado de la llegada a este mundo del Rey del de arriba.

Menos justificación tienen costumbres y modos nuevos —otra vez la moda—, que nos han ido invadiendo poco a poco, debilitados por un afán «snobista», y este clima es ya menos saludable porque nos trae brisas forasteras vacías de todo contenido, reducidas a... papel de celofán. ¿A qué viene ese árbol de Noel, típicamente anglosajón, que paulatinamente se infiltra en los hogares, comenzando por los de arriba, desplazando al Belén tradicional? No sé por qué me da la idea de que con ello pretenden una distinción u originalismo, que en modo alguno consiguen. Y los Christmas. ¿Obedecerá, acaso, a un afán desmedido de economía lingüística? En castellano tenemos y siempre se ha empleado la expresión Felicitaciones de Navidad o Pascua. Pero hoy nos llegan de los países nórdicos esas tarjetitas ilustradas con un nombre extraño y se adoptan como patente de una originalidad inexistente o marca de modernismo renovador. ¿Pues no es más bonito, más de Navidad, el que todos los chiquillos de un barrio vayan de puerta en puerta cantando villancicos y pidiendo el «aguinaldo», que colocar velitas y lazos de colores en un pino?

Mas no importa; dejemos a un lado toda escenografía y pensemos sólo en que ha llegado Emmanuel, Dios con nosotros, con todos nosotros.

PABLO GARCÍA MANZANO

LISTA DE SOCIOS

Protectores

EXCMA. SRA. DUQUESA DE LERMA.

Ausentes

Excmo. Sr. D. Gregorio Marañón.
 » » Conde de Casal.
 Excma. Sra. Marquesa de Aguilar de Campóo.
 Excma. Sra. Condesa de Cedillo.
 Sra. D.^a Carmen Martínez de la Riva.
 » » María Alonso López.
 » » Berita Peñalosa E. Infantes.
 Sr. D. Víctor Barroso.
 » » Julián Martín Robles.
 » » Pedro Sanz Ruano.
 » » Pedro Calvo Garrido.
 » » Fernando Jiménez de Gregorio.
 » » Adoración Gómez Camarero.
 » » Inocencio Guerrero Torres.
 » » José Manuel Miner Otamendi.
 » » Santiago Camarasa.
 » » Antonio Delgado Mellado.
 » » Félix Munchuraz Martín.
 » » José María Mendiguchía.
 » » Angel Ortiz Dou.
 » » José Luis Pérez de Ayala.
 » » Pedro Manuel Pérez de Ayala.
 » » Félix Aguilera Sánchez.

Residentes en Toledo

Abel de la Cruz, Emilio.
 Acevedo Illana, Julio.
 Aguilar Navarro, Angel.
 Aguinaga López, Alvaro.
 Alba González, Emilia.
 Albo Pascual, Antonio.
 Alonso Barajas, Fernando.
 Alonso Barrios, Remigio.
 Alonso Sánchez, Jose María.
 Allué Morer, Fernando.
 Amusco Milla, Eduardo.
 Amusco Padrós, Tomás.
 Andrade Sánchez, Marcial.
 Arce Aguado, Ruperto de.
 Ariz Galindo, Román.
 Ayuso Pérez, Miguel.
 Baeza Sánchez, Leonardo.
 Bacheti Brum, Alfonso.
 Bardón Fernández, Antonio.
 Béjar Durante, Cecilio.
 Bevia Díaz, Félix.
 Blanco Fernández, Evodio.
 Bouso Martín-Urda, Juan.
 Boville Martínez, Rosa María.
 Brasal Cruz, Victoriano.
 Bretaño Aparicio, Adolfo.
 Bueno Benito, Saturnino.
 Calderón Muñoz, Justiniano.
 Calvo Gil, Enrique.

Camarero García, Tomás.
 Campos Alonso, Fernando.
 Campos Alonso, Ricardo.
 Canosa Simón, Antonio.
 Cardaña Puebla, Santiago.
 Carrasco Areal, Rafael.
 Carrillo Rojas, Luis.
 Castaños Fernández, Emiliano.
 Casteleiro Fontán, Manuel.
 Castro Gil, José de.
 Cirujano Robledo, Santos María.
 Clamagirand Jiménez, Amadeo.
 Conde Gutiérrez, Nicolás.
 Conde Torrejón, Valentín.
 Corral Balmaseda, Julián.
 Cruz Martínez, Juan de la.
 Cuadra Corral, Francisco de la.

Chacón, Juan.

Delgado Vergara, Rodrigo.
 Díaz Aguilar, Manuel,
 Díaz Aguilar, Valentín.
 Díaz-Marta Martín, Gregorio.
 Díaz Sanz, Máximo.
 Díaz Pérez-Grueso, Leonardo.
 Domínguez Pinilla, Marino.

Espejo, Fernando.
 Esteban Infantes, José Manuel.
 Esteban Ramos, Mariano.

Fernández Calvo, Tertulino.
 Fernández Contreras, Emiliano.
 Fernández Donas, Julián.
 Fernández Fraile, Armando.
 Fernández Moraleda, Cipriano.
 Flor Pérez, Leandro de la.
 Flores Mandado, Emilio.
 «Foto Estudio».
 Font Maymó, Juan.

Galiano Martínez, Jesús.
 Galván Ramírez, José María.
 Gálvez Martín-Cleto, Emilio.
 García Calvo, Lorenzo.
 García Comendador, Julián.
 García Hernández, Isabelo.
 García Pardo, María Luisa.
 García Manzano, Pablo.
 García Martínez, Pablo.
 García Parra, Aurelio.
 García Rodríguez, Emilio.
 García Rodríguez, Inocente.
 García Ochoa, Francisco.
 García Rojas, Mariano.
 García Tapetado, Eduardo.
 García Viana, Francisco.
 García Viana, José.
 Garrido Muñoz, Fernando.
 Gómez Dorado, Eugenio.
 Gomez-Menor Fuentes, Rafael.

Gómez Manzanilla, Víctor.
 Gómez-Menor Ortega, Rafael.
 Gómez Oliveros, José María.
 Gómez de Salazar Nieto, M.^a Angela.
 Gómez Prieto, José.
 González Ampudia, Antonio.
 González Franco, Saturnino.
 González García, Benigno.
 González Rico, Alfredo.
 González Villalba, Mariano.
 Gullón Martínez, Eutiquiano.
 Guerrero de la Cruz, Manuel.
 Gutiérrez Criado, Aurelio.
 Gutiérrez de Miguel, Mariano.

Herederero Sancho, Esperanza.
 Hernández Casanova, José.
 Hernández Peironceli, Francisco.
 Hernández Toledo, Francisco.
 Herrada Martín, Dionisio.
 Herrera Conde, José.
 Hidalgo, Isidro.
 Hipólito, Fernando.
 Hurtado del Valle, M.^a del Pilar.

Jerez Sánchez-Cabezudo, Raimundo.
 Jimena Herreros, Tomás.
 Jiménez Martín, Julio.
 Jiménez Martín, Mariano.
 Jiménez Moreno, Francisco.
 Jiménez Paúl, Miguel.
 Jiménez Peñalosa, Juan.
 Jiménez Zapata, Rafael.
 Juárez, Alberto.

Labrado Ovejero, Germán.
 Laguna Llordén, Eliseo.
 Lancha Jiménez, Julián.
 Lanza Morales, Manuel.
 Ledesma Navarro, Gabriel.
 Letamendía Moure, Carlos.
 Lillo García Cano, Javier.
 Loaisa Pérez, Cruz.
 López Cortés, Marciano.
 López Gómez, Jesús.
 López González, Máximo.
 López Gutiérrez, Pedro Manuel.
 López Fando, Mariano.
 López Lancha, Eduardo.
 López Ruiz, Doroteo.
 Losada Pérez, Antonio de.
 Lozoya Eymar, Dolores.
 Lozoya Eymar, José.
 Luján Torregrosa, Salvador.

Maeso Martín, Antonio.
 Mansilla, José María.
 Manso Fernández-Serrano, Luis.
 Marín Jiménez-Ridruejo, Andrés.
 Marín Jiménez-Ridruejo, Carlos.
 Marín Marín, Andrés.
 Excmo. Sr. Gobernador Civil,
 Marín Martín, Andrés.

Martín Aguado, Bonifacio.
 Martín Albarrán, Juan.
 Martín Bermejo, Vicente.
 Martín Forero, Vicente.
 Martín Mirón, Manuel.
 Martín Pintado Ureña, Manuel.
 Martín Robles, Joaquín.
 Martín Tordesillas, Ramón.
 Martínez Gómez, Rodrigo.
 Martínez Paúl, Darío.
 Mesa Alonso, Jerónimo de.
 Miranda Calvo, Rufino.
 Montero López, Alejandro.
 Montero López, Julián.
 Montero Martínez, Juan.
 Montero Martínez, José.
 Morcillo Herrera, Jerónimo.

Hlmo. Sr. Alcalde,

Moreno Díaz, Angel.
 Moreno Nieto, Luis.
 Moro Linares, Eduarda.
 Moro Linares, María Cruz.
 Muñoz Blanco, José.
 Muñoz de la Quintana, Eduarda.

Niveiro García-Lago, Isidoro.
 Nogales Sánchez, Ramón.
 Novales Iglesias, Francisco.
 Novales Marcos, Manuel.
 Núñez López, José María.

Ortega de Frutos, María Teresa.
 Ortega López, Domingo.
 Ortega López, Pablo.

Palencia Flores, Clemente.
 Palencia Largo, Eduardo.
 Pantoja Renilla, Miguel.
 Pascual Martín, Julio.
 Pastor Gómez, José.
 Payo Subiza, Gonzalo.

Pedraza Rodríguez, Cecilia.
 Perea Torralba, Macario.
 Pérez Casero, Mariano Enrique.
 Pérez Ferrer, Teodosio.
 Pérez de Juana, Miguel.
 Pérez Leria, Miguel.
 Pérez Montes, Marciano.
 Pérez Pérez, Felipe.
 Pérez Ramírez, Isidro.
 Perezagua Jiménez, Jesús.
 Pintado Martín, Pedro.
 Pomeda Valera, Alejandro.
 Postigo Ruiz, Enrique.
 Potenciano Sánchez, Nemesio.
 Prieto Muriana, Manuel.
 Puente Fuente, Indalecio.

Quijorna Dueñas, Esteban.
 Quintana Garía Cervino, Manuel.
 Quismondo, Vicente.

Ramírez Cerdeño, José.
 Ramírez González, Florentino.
 Reaño, Manuel.
 Redondo, Francisco.
 Relanzón García-Criado, José.
 Repiso Ramírez, Jesús.
 Revenga Salamanca, Máximo.
 Ricart Enguix, Eduardo.
 Riera Vidal, Pedro.
 Río Tordera, Fernando del.
 Río Tordera, Gonzalo del.
 Ríos Buch, Julio.
 Rivera Recio, Juan Francisco.

Hlmo. Sr. Presidente de la Excelentísima Diputación.

Rodríguez Bolonio, Tomás.
 Rodríguez Dorado, José.
 Rodríguez, «FOTOGRAFIA» de.
 Rodríguez Garrido, Luis.
 Rojo Carrillo, Luis.

Ramero Carrión, Manuel.
 Romero Escobar, Manuel.
 Rubio Sancho, Miguel.
 Ruiz García de Blas, José María.
 Ruiz de los Paños, José.
 Ruiz Rodríguez, Jenaro.

Sánchez Beato, Marciano.
 Sánchez Delgado, Evaristo Lucas.
 Sánchez y García Mora, Virgilio.
 Sánchez-Palencia Calvo, Antonio.
 Sánchez Herrera, Socorro.
 Sánchez Pedraza, Alejandro Luis.
 Sánchez Villaluenga, Julio.
 Sánchez Zaragoza, Juan José.
 San Román Moreno, Julio.
 Serrano Camarasa, Florentino.
 Serrano López, Luis.
 Serrano Rubio, Mariano.
 Serrano Varona, Jacinto.
 Serrano Vivar, Luis.
 Sixto Planas, Alfredo.
 Suañas, Concepción.

Téllez González, Guillermo.
 Toledano Bonilla, Pedro.
 Torres Ariza, Julián.

Valle Díaz, Félix del.
 Veloso Puig, Enrique.
 Vera Sales, Enrique.
 Villacañas Sánchez, Juan Antonio.
 Villagómez Rodil, Alfonso.
 Villalba Pérez, Rafael.
 Villarroel Bautista, Gregorio.
 Vinader Corrochano, José.
 Viñuelas Escudero, Francisco.
 Viñuelas Escudero, Luis.

Yepes Arroyo, Dominga.

La Asociación de Artistas toledanos «ESTILO» obsequió a sus componentes con un grandioso concierto a cargo del Trío de Madrid, celebrado el 7 de diciembre en el Centro de Artistas e Industriales de nuestra capital.

El programa fué muy del agrado de todos los asistentes. Jesús Fernández (violín) interpretó de un modo magistral sus Motivos del Norte, por lo que fué muy aplaudido. A la misma altura quedaron Santos Gandía (cello) y Juan Bernal (piano).

Como actuación final intervino la simpática señorita Carmen Vera, que ante los insistentes ruegos del público, cantó «La figlia del Reggimento» (Donizeti). «Voiche sapete» (Nozze di Figaro) y otra obra de Mozart. Fué aplaudidísima, como justo homenaje de admiración, por su extraordinaria intervención.

Del Trío de Madrid huelga todo comentario; son maestros perfectos en todo y nos revelaron la música admirable de Respighi, Liszt, Falla y otros autores, con una ejecución insuperable.





RAFABL GÓMEZ-MENOR, IMPRESOR
Sillería, 13 y 15 y Comercio, 57. — Toledo

